

En memoria del otro Amighetti, el poeta

Francisco Amighetti responde al divino designio que reza que el artista es un ángel con alas en pleno movimiento, una mariposa que medita su vuelo, una erupción viviente. Es conocido por sus obras pictóricas, no tanto por sus poemas. Por eso los rescatamos, y porque están lleno del torrente vivo de la belleza, el amor a las cosas, la rebeldía existencial, una visión bohemía de la rutina y su actitud de embajador de lo más excelso y sublime de la humanidad.

Sus poemas nos ayudan a conocerlo mejor, pues también sabe que la poesía es el retrato del alma, sin maquillajes ni juegos de luces. “No sabía que conocía a Dios/ pero hubo palabras que me llevaron de la mano/ cuando estaba perdido/ y me dijeron lo que solo los sueños/ son capaces de restituir con todo su colorido [...] No conocía a Dios/ pero nacieron para seguir viviendo/ razones de belleza/ entre ángeles de furia bendecida/ que lanzaban parábolas de oro/ y derramaban símbolos”.

No es don Paco un pintor que escribe versos, sino un sacerdote de la religión del cuerpo y sus sentidos, un curandero que alivia las penas con la canción de los colores. Debido a eso, su definición del poema es exquisita y certera. “El poema es una línea que rige las montañas, desdibuja las manos y se hace río. Es una bandera que el viento ha devorado sobre el mar, o lleva un niño en una fiesta patria. El poema es una fruta. Es la geometría metiéndose en el tallo y organizando la dirección de las hojas en proporciones áureas”. Y concluye, como poseído por todas las fuerzas del orbe: “El poema es un hilo de seda que sale del corazón a sujetar las cosas, y retenerlas en el instante en que cruzan de la luz a la sombra”.

Amighetti fue, por supuesto, un hacedor de mundos de amor. “Yo te cogí la mano, llovía sobre el mundo/ ninguna flor más delicada/, ningún pañuelo con la piel más suave/ que la piel de tu mano en el invierno”. Y también fue un amante agradecido, el esposo del detalle por los siglos de los siglos. “Las manos que

ponen el pan sobre la mesa y me traen el agua, son las mismas que cosen y colocan en los vasos de arcilla, flores blancas. Las manos que abren las ventanas y me arreglan el lecho y levantan al hijo como un fruto de nácar, son las mismas que hilan calladamente mis días en una estela blanca”.

A veces nos recuerda la infancia que escondemos por dentro: “Hay que ser vagabundo como un niño, que no sabe de tiempo y de salarios, para otra vez mirar con los sentidos, que existe el cielo, el caracol y el árbol”.

Y nunca se ha permitido concesiones ni silencios: “En un país en donde no se cotiza el arte, debería arrancarme esta quimera ardiente que llevo en el corazón desde la niñez. “Dejar de hacer muñecos como decía mi maestro, y aprender a leer y multiplicar.” Y sobre todo, este fragmento de un poema desgarrador en el que se refiere a otro artista. “Compañero, yo conozco la tristeza y dulzura de ser como tú eres: pobre obrero y artista.

¿Qué somos sino trágicos y honorables mendigos buscando compradores para nuestra pintura?”.

Como artista que resume la grandeza del espíritu humano, Amighetti sabe —como lo enseña Unamuno— que nunca muere lo magnánimo ni lo sublime. Por eso, vuela sobre nuestras cabezas, imponente y maravilloso. En uno de sus más hermosos poemas escribe de tres hombres de distintas edades —un niño, un adulto, un anciano— que escuchan en un parque el canto de los pájaros. “Los pájaros cantan en el parque/ una canción distinta para todos”. El, en cambio, canta una igual para todos, sin diferencias de edad o de origen. Por eso, sus palabras seguirán vivas, a pesar de los años, estas palabras inmortales de un escritor que nació con los inicios del siglo que ahora nos regala su dramática agonía, y que acaba de morir entregado a la vida y al arte, que no permitirá que mueran para siempre en la memoria de nuestros tiempos.

